El hermano de la hermosa Ione, que siempre habia buscado el silencio y la soledad, se sentia aturdido por el ruido de la multitud que invadia el *Forum*.

Bajo los bellos pórticos de elegantes columnatas de órden dórico, se apiñaba un número crecido de personas, á quienes sus negocios les habian hecho acudir desde temprano á aquel sitio, y tomaban su desayuno (*jentaculum*) que se componia ya de un poco de pan mojado en vino dulce y caliente, ya de aguamiel, de pan y queso, de vino mezclado con una planta aromática llamada *silum*, ya de otras cosas sencillas que allí se vendian.

Fuera de los pórticos, y al aire libre, se veian comerciantes al menudeo, hosteleros, vendedores de pan, zapateros y maestros de escuela, explicando á sus discípulos los elementos de la gramática.

En otro sitio se descubria á los cambistas de moneda, con sus hileras resplandecientes de oro y plata, y al rededor de ellos, mercaderes y marinos, cuyas costumbres eran tan diversas como los climas de donde llegaban.

En otro lado se encontraban abogados con largas togas, subiendo hácia un soberbio edificio, donde los magistrados administraban justicia.

Todo allí era animacion y vida, bullicio y movimiento.

—¿No os llama la atencion ver en este sitio al hermano de Ione?—dijo Estela á una vendedora de pan con quien hablaba, al ver pasar junto á ellas á Apoicide.

—Ciertamente: nunca le he visto pasear en el *Forum*.

—Es un sacerdote modelo, cuyas virtudes son dignas de elogio.

—No es menos apreciable su bella hermana.

—Por eso Glauco desea casarse con ella.

—Tiene buen gusto, y harán una pareja excelente.

—Si lo permite Arbace.

—Pues qué, ¿el gran sacerdote de Isis se opone á ello?

—Dicen que anhela para su pupila un hombre de mas importancia política.

—¿Y su hermano Apoicide?

—Ignoro si participa de las mismas ideas; pero su tristeza y su amor á la soledad indican que no está contento con esos amores. Vedle, ya se aleja del gentío.

Con efecto, el sacerdote de Isis, entregado á los pensamientos que habia despertado en su mente la vista de las estatuas, despues de haberse detenido delante del *Arco de Triunfo*, que era el mayor de los cuatro que se encuentran en el *Forum*, se dirigió hácia otro *Arco de Triunfo* que habia frente al primero, y que está situado á la entrada de la *Calle de Mercurio*, á la extremidad de la *Calle del Forum*.

Apoicide miró este imponente arco sobre el cual se descubria la estatua ecuestre de Augusto.

En ese arco bellísimo, en ese monumento cuya anchura actual es siete metros por diez de alto, el hermano de Ione leyó una inscripcion de la cual solo queda un fragmento que dice así:

..... STO CAESARI
PARENTI PATRIAE.

..... sto César, padre de la Patria."

—¡Padre de la patria el César Augusto Octavio!..... el enemigo de Ciceron, á quien debia singulares favores!..... —exclamó Apoicide, con amarga ironía.—¿De qué sirve que florecieran en su tiempo los grandes oradores de Roma, Ovidio, Horacio, Virgilio, Tíbulo, Tito y otros cien, si al lado de ligeras y finjidas virtudes, se levantan su crueldad y su ambicion? ¡Padre de la patria el que la llenó de sangre durante su union con Antonio y Lépido, con quienes se repartió durante cinco años, bajo el nombre de triunviros, el dominio de la república! Alejémonos de aquí. La adulacion me avergüenza y la injusticia me indigna!

Y Apoicide, echando la última mirada á la estatua ecuestre de aquel hombre singular, raro conjunto de supersticion y de talento, de debilidad y de fortaleza, de vicios y de virtudes, que asoció á su trono, antes de morir, y á los catorce años antes de la era cristiana, á su hijo natural Tiberio, se retiró del arco de triunfo, y se perdió entre la multitud.

Entretanto Estela y la vendedora de pan seguian su diálogo.

—Segun veo—dijo la primera—ningun magistrado ha dejado de venir hoy á los tribunales, pues he visto entrar á casi todos.

—Seguramente tendrán que tratar de algun asunto importante, querida Estela.

—Lo mas importante seria que se ocupasen de ver cómo no volvia á haber otro terremoto como los dos anteriores.

—¡Ojalá estuviese en manos de ellos evitarlos, querida Estela!

—¡Vaya si estuvo fuerte el último! A mi esposo y á mí nos cojió en la *Academia de Música*, donde empezó de repente un concierto de gritos y de lamentos que me alejó desconcertada.

—Yo temí que fuese como el que sufrimos hace diez y seis años, cuyos estragos aun no se acaban de reponer. ¿Os acordais de él, querida Estela?

—Como que su fecha es para mí memorable.

—¿Sí?

—Figuraos si lo será. En ese dia me uní al hombre que habia sido mi novio. Tenia yo entonces catorce años. ¡Ay! que pronto pasa el tiempo.

—Y ya que hablais de vuestro esposo, querida Estela, me asombra no veros con él. ¿Está malo?

—Nada de eso. Vedle al lado de aquellos obreros, en conversacion con sus amigos, tratando de ver á quien han de nombrar *edil cereal*, para remplazar al que murió hace pocos dias; pues ya sabeis que ademas del edil de la policía urbana que desempeña dignamente Panza, hay dos ediles cereales para atender al abastecimiento de la ciudad.

La vendedera de pan miró hácia el sitio indicado por Estela.

Delante de uno de los edificios destinados á los asunto de la ciudad, se ocupaban algunos obreros en hacer columnas..... ¡Estas columnas han quedado sin acabar hasta nuestros dias!

Junto á estos obreros estaba, con efecto, el esposo de Estela hablando con sus amigos respecto al individuo que seria acertado elejir para *edil cereal*.

—¿Y á quién piensan nombrar, querida Estela?—preguntó la vendedora de pan.

—Lo ignoro. Yo ya le he dicho á mi esposo que vote siempre por los que sean afectos á los espectáculos de anfiteatro, y á llevar á él á los nazarenos para luchar con las fieras.

—Teneis razon.

—Para mí, ellos son la causa de todos los males que nos aquejan; como que no se les persigue, los dioses están enojados contra nosotros.

—Es verdad.

—El terremoto último no reconoce otro motivo, en mi concepto, que la ira de nuestras divinidades por la tolerancia que usamos con los que las ofenden.

—Hablais como un libro.

—Ved si no á aquel hombre que se presenta al pié de las gradas del templo de Júpiter—dijo Estela señalando con el dedo al lugar que indicaba.

La vendedora de pan dirigió la vista á donde le decia Estela.

Con efecto. Al pié de las gradas del templo acababa de detenerse un hombre como de cuarenta años. Su traje, de color oscuro, era de una sencillez tanto mas notable, cuanto que contrastaba vivamente con los vestidos de los pompeyanos de todos los rangos, tan aficionados á adornarse, ya para distinguirse, ya para alejar todos los sortilegios. Su frente era espaciosa y calva, y los pocos cabellos que aun conservaba sobre la parte posterior de la cabeza, se veian ocultos por una especie de capuchon que tenia el manto.

—¿Quién es ese cínico?—preguntó un tratante á un joyero vecino suyo.

—Es Olinto el nazareno.

—¡Qué secta tan abominable!—continuó el tratante en voz baja y tímida.—Se dice que los nazarenos, cuando se reunen por la noche á orar, empiezan siempre sus ceremonias con la muerte de un niño recien nacido, y que en sus prédicas, entre otras cosas, recomiendan la comunidad de bienes. ¡Qué seria de los comerciantes y de los joyeros si semejante doctrina se estableciese entre nosotros!

—Todos nos arruinariamos—replicó el joyero.—Estos miserables nunca llevan ni una alhaja, porque en nuestras casas tienen todas las joyas la forma de serpientes.

—Ved—dijo un tercero, que era un estatuario en bronce—ved cómo ese nazareno se burla de nuestros sacerdotes. Estad seguros de que pronuncia maldiciones contra el templo. Ultimamente pasando por delante de mi tienda, me echó en cara el que adorase dioses que, segun decia, eran inferiores á mí, puesto que mis manos eran las que los habian formado. ¡Ah! no nos debemos asombrar de que la tierra haya temblado para arrojar de su seno á este ateo; pero ¿qué digo ateo? es mil veces peor que un ateo: ¡desprecia las bellas artes! ¡Desgraciados de nosotros, escultores en bronce, si tales hombres dictan un dia leyes á la sociedad! Ellos son los que incendiaron Roma bajo el imperio de Neron.

—Y los que traen sobre la ciudad todos los males que nos aquejan—exclamó Estela tomando parte en la conversacion.—Nada; lo que le decia yo hace poco á mi amiga; es preciso que siempre que se elija cualquier gobernante, recaiga la eleccion sobre el que persiga á los nazarenos, y los arroje á las fieras en el anfiteatro.

—Tiene razon—exclamaron todos.

Olinto se apercibió del efecto que su presencia producia en la multitud, y despues de haber echado sobre ella una mirada en que se pintaba una noble altivez, unida á la mas tierna compasion, exclamó en alta voz:

—Ciegos idólatras: ¿la última conmocion de la naturaleza no ha bastado á advertiros del peligro que os amenaza? ¿Quereis esperar á que el Juez Supremo de vivos y muertos os llame á su tribunal? Temed, ¡ah! temed su justicia. ¡Ay! ¿en qué estado os encontrará el último dia? "¿Por qué causa se han embravecido tanto las naciones, y los pueblos maqui-
" nan vanos proyectos? Hánse coligado los reyes de la tierra, y se han confederado los prín-

" cipes contra el Señor y contra su Cristo ó Mesías. Rompamos, dijeron, sus ataduras, y
" sacudamos lejos de nosotros su yugo. Mas aquel que reside en los cielos, se burlará de
" ellos; se mofará de ellos el Señor. Entonces les hablará en su indignacion, y los llenará
" de terror en su saña (1)."

—Nos amenaza con la justicia de su Dios—dijo el joyero.

—"Dichoso aquel varon—continuó Olinto—que no se deja llevar de los consejos de los
" malos, ni se detiene en el camino de los pecadores, ni se asienta en la cátedra pestilencial
" de los libertinos; sino que tiene puesta toda su voluntad en la ley del Señor, y está medi-
" tando en ella dia y noche. El será como el árbol plantado junto á las corrientes de las
" aguas, el cual dará su fruto en el debido tiempo, y cuya hoja no caerá nunca: y cuanto
" él hiciere tendrá próspero efecto. No así los impíos, no así; sino que serán como el tamo
" ó polvo que el viento arroja de la superficie de la tierra. Por tanto no prevalecerán los
" impíos en juicio; ni los pecadores estarán en la asamblea de los justos. Porque conoce el
" Señor, y premia el proceder de los justos; mas la senda de los impíos terminará en la per-
" dicion (2)."

Un jóven de rostro pálido y de noble mirada, confundido entre la multitud, miraba á Olinto con admiracion, y le escuchaba con sorpresa y atencion.

El sacerdote cristiano, despues de haber pronunciado aquellas palabras, echó á andar con paso firme y tranquilo.

El jóven pálido le miraba atentamente.

La multitud, al verle llegar, le abria paso, bien por temor, ó por no verse manchada por su contacto.

Esto permitió al sacerdote cristiano ver al jóven, que no apartaba de él la vista.

Al fijar la atencion en él, Olinto le conoció al instante.

Aquel jóven era Apoicide, el hermano de Ione que, cubierto con su manto, se habia vuelto á mezclar entre el gentío para seguir todos los movimientos del cristiano.

—¿Será tambien este un impostor?—se preguntó á sí mismo interiormente el sacerdote de Isis.—Este hombre tan humilde en su traje, en sus maneras, ¿hace tambien de su austeridad un manto para cubrir sus vicios y liviandades?

Olinto se acercó en aquel instante á Apoicide, y le saludó con estas palabras:

—¡Que la paz sea contigo!

—¡La paz!.....—exclamó el hermano de Ione con melancólico acento, que conmovió el corazon del sacerdote cristiano.

—En ese deseo—añadió Olinto—están comprendidos todos los bienes. Sin la fe, sin la virtud, no podríais gozar de paz. Como el arco-íris de la dicha, la paz reposa en la tierra; pero su cima se pierde en los cielos. La paz toma su orígen en las lágrimas y en las aflicciones, y es la prenda de la calma que sigue á la tempestad, la señal de la sublime alianza entre Dios y el hombre. Que la paz, pues, sea contigo.

—¡Ah!.....—exclamó Apoicide, y se detuvo al ver que las miradas de la curiosa multitud estaban fijas en él: entonces añadió en voz baja:—No podemos hablar aquí; pero te seguiré á la orilla del rio, y allí podremos conversar solos y libremente.

(1) Libro de los Salmos: Salmo II, ver. 1, 2, 3, 4 y 5.
(2) Salmo I.

—Bien—contestó Olinto con el mismo secreto:—voy á esperaros donde quereis.

Apoicide, manifestando la mas alta indiferencia, se confundió entre la inmensa concurrencia.

Olinto, sin revelar en su rostro alteracion ninguna, siguió su camino.

—¡Qué insolente!—exclamó Estela al verle alejarse.—Lo dicho: es necesario que se elijan hombres que arrojen á estos nazarenos á las fieras.

—Sí, sí;—dijo el marido de Estela, que se habia acercado con sus amigos al sitio en que se hallaba su muger;—y desde ahora empezaremos por elejir hasta el edil cereal que falta, contrario á los que profesan la nueva religion. Corramos, pues, á votar.

—Sí, corramos—contestó la multitud.

—¿A quién será bueno elejir?—preguntaron algunos.

—Votemos por Caselio, que es de nuestras ideas—respondió Eraste.—Al menos yo á él es á quien voy á elejir.

—Sí, sí; elijamos á Caselio. Llenemos todos los albumes de la ciudad con su nombre.

Y la multitud se dirijió por distintas calles á votar por el hombre que habian escojido.

Los albumes se vieron inmediatamente llenos de gente que se apresuraba á inscribir en ellos, con letras negras y rojas, el nombre de Caselio.

Pero me detendré á dar á conocer lo que era el album.

Esta palabra, tan á menudo mencionada por los autores antiguos, y cuya significacion buscada con exactitud, no habia sido perfectamente comprendida hasta el descubrimiento de Pompeya.

Al presente sabemos que *album* se llamaba á un gran cuadrado de pared blanqueada, sobre la cual se ponian los actos públicos ó los anuncios particulares.

Pompeya presenta muchos ejemplos de estos albumes; pero entre ellos cuenta con uno muy notable, que es verdaderamente monumental.

Este album se encontraba, y se encuentra, en el exterior de la pared del circuito del colegio de obreros en lana, llamado edificio de Euchima, que presenta sobre la ruta de la calle de los Joyeros ó de la Fuente de la Abundancia, veintitres divisiones adornadas de pilastras y coronadas de frontis alternativamente redondos y triangulares. Los tableros estaban pintados de blanco.

Los otros albumes, hallados en Pompeya, no eran mas que sencillas paredes blanqueadas, y sin adorno ninguno, como se ve uno en la Puerta de Herculano.

—Ya estoy cansado de correr calles y de escribir en todos los albumes y paredes de las casas el nombre de nuestro candidato—decia uno de los que componian el grupo que seguia al esposo de Estela.

—Sí, pero tú, á la vez que pides por otro, no descuidas el pedir por tí.

—Es cierto.

—Amigos, hemos llegado frente á la casa del cuestor Lisipo; aquí es necesario que cada cual ponga lo que desea.

—Sí; escribamos.

El marido de Estela se acercó, y trazó esta inscripcion con letras rojas:

"Caesellivm Erastvs Cvpit AEd."

Eraste desea que Caselio sea edil.

Esta inscripcion, y otras dos trazadas por los que le acompañaban, y que se reducian á solicitar el favor de dos personajes, existen aún en la fachada de la casa que habitó el cuestor, y que hoy lleva el nombre de *Casa de Castor y Polux.*

Los que han creido, pues, al visitar Pompeya, que los nombres trazados en las paredes y frontis de los edificios, indicaban únicamente los de las personas que las habitaban, se han equivocado.

Cuando se procedia á las elecciones municipales, el pueblo tenia la costumbre de dar su sufragio, escribiendo en la fachada de las casas los nombres de los que anhelaba ver ejerciendo las magistraturas.

Estas inscripciones, pintadas con letras rojas ó negras, eran los *programas pompeyanos.*

De aquí viene el que unos mismos nombres aparezcan repetidos en varios edificios.

Cierto es que las postulaciones se borraban pasada la eleccion, y que solo quedaba en cada casa el nombre del que la habitaba; pero este nombre ocupaba el sitio principal del frontis, y de ninguna manera se debe confundir, como algunos han confundido, con los que se hallaban trazados al quedar sepultada la ciudad, y que pertenecian á los postulados.

Pero continuemos ocupándonos de los personajes de nuestra obra.

El esposo de Estela y los que le seguian invitaron á varios que pasaban, á que postulasen por el candidato que ellos elejian.

La animacion de todos era grande.

—Marchemos por las calles que aun nos faltan que recorrer—dijo Eraste.

—Guia, que nosotros te seguiremos.

Y aquel grupo y otros mil se encontraban por todas partes, votando por la persona que elejian.

Olinto, entre tanto, marchaba hácia el sitio á que le habia citado Apoicide.

De vez en cuando cambiaba una mirada significativa con algunos que pasaban, y que, en su mayor parte, pertenecian á las clases inferiores de la sociedad. Y es que el cristianismo era esa simiente de mostaza que debia germinar en el corazon de los pobres antes de verificarlo en el de los dichosos del mundo. Era un rio majestuoso, que tomando su curso en las cabañas de la inteligencia y del trabajo, debia un dia bañar con sus fecundantes y benéficas aguas los palacios y las ciudades.

El hermano de Ione, sediento de descubrir la verdad, marchaba hácia el sitio de la cita, anhelando escuchar las palabras de Olinto.

El sacerdote cristiano y el sacerdote de Isis caminaban dominados de nobles afectos.

El primero, de ganar un corazon para la verdad: el segundo, de saber de qué parte estaba el error para huir de él.

Olinto caminaba halagado por la dulce esperanza.

Apoicide con el deseo de que se desvaneciesen para siempre las negras sombras de la duda.

¿Quién de los dos vió realizado su deseo?